

EL PERAL DE MI PATRIA

I

Recuerdo que al detrás de mi patria había un hermosísimo peral que daba gusto el verle, particularmente á la entrada de la primavera. No lejos hallábase situada la casa del jardinero, el cual vivía con su hija Lola, novia mía.

II

Contaba mi novia catorce años y era un portento de hermosura; en sus mejillas aparecían tantas rosas, como flores en el peral por la primavera, y allí, bajo un rico árbol fué que yo la dije:

«Lola, Lola mía, ¿cuándo celebramos nuestra boda?»

III

Todo en ella sonreía: sus hermosos cabellos que jugaban con el viento, su talle de diosa, su pié desnudo aprisionado en pequeños zapatos, sus lindas manecitas que agachaban la colgante rama, atrayéndola para respirar las flores de oxiacanta, su pura frente, las blancas dientes que aparecían entre sus carminados lábios, todo en ella era bello y encantador.

«¡Ah! ¡cuánto la amaba yo! á mi pregunta contestó con un rubor que la hacía más encantadora.

«Cuando empiece la próxima cosecha nos casaremos, si es que no te toca ir al servicio del rey.

IV

Llegó la época de las quintas y fuí incluído en el sorteo; á la sola idea de alejarme de ella, temblaba como un azogado; llegó mi turno y ¡alabado sea Dios! saqué el número más alto... pero Martín, mi hermano de leche cayó soldado.

Yo le hallé llorando y diciendo:

«¡Madre mía! ¡pobre madre!

V

Consuélate, Martín, yo soy el de menor edad y tú serías el que harías más falta á nuestra madre; en lugar tuyo me marcharé yo...

Cuando fuí buscar á Lola bajo el peral, encontréla con los ojos humedecidos por las lágrimas y me parecieron mucho más bellas que su agradable sonrisa.

Ella me dijo:

«Has hecho muy bien; tienes un cora-

zón de oro: vete Andrés de mi alma, que yo esperaré tu regreso.

VI

«¡Paso redoblado! ¡adelante! ¡marchen!... y de un tirón nos metimos casi en las puertas del enemigo...

«Andrés, mantente firme en tu puesto y no seas cobarde...

Entre densas capas de negro humo que me oprimía el pecho, descubrí las relucientes bocas de los cañones enemigos que clamaban á la vez produciendo grandes destrozos en nuestras filas; por doquier pasaba, deslizaba mis pies en sangre aún caliente...

Tuve miedo, y miré trás de mi.

VII

«Detrás estaba mi patria, y más allá el peral cuyas flores habíanse convertido en sazonadas frutas: cerré los ojos y vi á Lola que rogaba á Dios por mí; y entonces no tuve miedo.

«¡Héme aquí ya valiente!... adelante... ¡fuego! ¡á la bayoneta!...

«¡Bravo, valiente soldado! ¿Cómo te llamas muchacho?»

«Mi general, me llamo Andrés, para servir á V. E.»

«Andrés, desde este momento eres capitán.»

VIII

Lola, ¡oh! ¡Lola mía!... yo capitán... ¡Viva la guerra!... pero no nos descuidemos... ¡adelante! ¡fuego! ¡á la bayoneta!

«Muy bien, Andrés, eres un valiente; pero cuidado muchacho que el enemigo se hecha encima...; ¡fuego en toda la línea!... ¡mil bombas! siguen los contrarios ganando terreno, ¿quién atrinchera el primer pontón?»

«Yo, mi general.»

«¿Tú, capitán?»

Y me dió su cruz de caballero en nombre del Rey.

IX

Lola, oh mi Lola, vas á estar orgullosa de mi.

Ha terminado la campaña victoriosa para nosotros, y pido mi licencia.

Henchido el pecho de gratas ilusiones emprendo mi viaje y aunque el trayecto es largo, la esperanza va muy deprisa. Ya casi he llegado; allá abajo, tras de ese monte está mi patria; el pensamiento de que pronto repicarán las campanas por nuestra boda, me hace desvanecer de placer.

Ya descubro el campanario de la iglesia y me parece oír voltear las campanas.

En efecto; no me engaño, pero ya estoy en la patria y no veo el peral; me fiijo mejor y veo que ha sido cortado, según parece, recientemente, pues el suelo y en el sitio que antes se levantaba, aparecen algunas ramas y flores esparcidas acá y acullá... ¡qué lástima! ¡tenía tan hermosas flores! he pasado momentos tan felices bajo su sombra!...

X

«¿Por quién tocas, Joaquín?»

«Por una boda, señor capitán.»

Joaquín ya no me conocía sin duda.

«¿Una boda? y decía pura verdad; los novios entraron en aquel momento en la iglesia. La prometida es... Lola, mi Lola querida; más risueña y encantadora que nunca; Martín, mi hermano de leche, aquel por quien me sacrifiqué, es el esposo afortunado.

A mi alrededor oía decir:

Serán felices, porque se aman.

Pero ¿y Andrés? preguntaba yo.

«¿Qué Andrés? contestaban.

«¡Todos me habían olvidado ya!...

XI

Entré en la iglesia, me arrodillé en el sitio más oscuro y apartado y rogué á Dios me diera fuerza para no olvidarme que era cristiano... hasta pude orar por ellos.

Terminada la misa me levanté, y dirigiéndome al lugar donde había estado el peral, recojí una de las flores que por el suelo hallé... emprendí mi camino sin volver la cabeza atrás.

Ellos se aman, que sean dichosos— pude aún decir.

XII

«¿Ya estás de vuelta, Andrés?»

«Sí, mi General.»

«Oye Andrés, tú tienes veinte años; eres capitán y caballero; si quieres te casaré con una condesa.»

Andrés sacó de su pecho la marchita flor del peral, recogida del suelo y contestó:

«Mi General, mi corazón está como esta flor; lo único que deseo es un puesto en el sitio de más peligro para morir como soldado cristiano.»

Concediósele lo que deseaba.

A la salida de la patria se levanta la tumba de un valiente Coronel muerto á los veinte años, en un día de batalla.

C. C.